

Los jóvenes del Partido Socialista: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario posperonista, 1955-1956

*Cecilia Blanco**

Resumen

Nos abocamos a explorar la producción discursiva de la fracción crítica juvenil del Partido Socialista en los meses que siguieron a la caída del peronismo, cuando la unidad del frente antiperonista se desvaneció al tiempo que el peronismo y la desperonización definieron la agenda de problemas nacionales y fueron una referencia ineludible para aquellos actores que, como el PS, tenían perspectivas de participar en el ciclo político en ciernes. Fue aquel escenario el que dio origen a la desorganización del sistema de creencias socialista. Situamos la exploración en el plano ideológico, haciendo centro en aquel sector del partido que, considerado como productor colectivo de ideas, inauguró un proceso de mutación de las tramas discursivas del Socialismo con futuras e importantes resonancias dentro y fuera del campo político e intelectual de la izquierda.

Hemos elegido para el análisis dos publicaciones: *Futuro Socialista* y *Sagitario*. En sus páginas rastreamos no sólo los temas esenciales que dieron entidad al naciente mapa ideológico de la fracción bajo análisis, sino también los síntomas del comienzo de su búsqueda de una nueva identidad sobre los restos de la que comenzaba a dislocarse.

Palabras claves: Partido Socialista, juventud partidaria, identidad política, ideología, desperonización.

* Docente-becaria, UBA-CONICET. (Director: Dr. Raúl Jorrot; Co-Directora: Lic. María Cristina Tortti) Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Cuestiones de Sociología, N° 3, 2006, pp. 59-87.



I-

Se ha repetido muchas veces el carácter disruptor que para el conjunto de las fuerzas sociales y actores políticos tuvo la emergencia del peronismo en la escena nacional. Indudablemente, 1945 marcó el inicio de grandes cambios y transformaciones que erosionaron los códigos hasta entonces vigentes de la vida política argentina. También suele observarse que hacia 1955 la casi totalidad de los integrantes del campo antiperonista compartieron con optimismo el derrocamiento de un régimen que consideraban autoritario y demagógico; dijeron ver en la *Revolución Libertadora* el canal para la restitución de principios políticos y morales acordes con los valores de la democracia y la libertad. Pero a poco de andar, la unidad de aquel eufórico frente se desvaneció al tiempo que el peronismo revelaba ser un fenómeno complejo, polisémico y resistente a la caída de su propio gobierno. A partir de entonces, como subraya Neigburg (1998), el peronismo y la desperonización definieron la agenda de problemas nacionales y fueron una referencia ineludible para aquellos actores con perspectivas de participar en el ciclo político en ciernes.

Uno de aquellos actores fue precisamente el Partido Socialista. Quizás desde el presente resulte difícil imaginarse que sus integrantes esgrimieran su palabra con la pretensión de incidir en el mapa político inaugurado con el golpe cívico-militar. Pero, efectivamente no lo era para aquellos que reivindicaban su papel relevante en la lucha contra un régimen político peronista que los había hostigado con su progresiva política de silenciamiento hacia la oposición y que, también, le había provocado la pérdida de votos, dirigentes e incidencia en el mundo gremial. En efecto, sus militantes habían participado activamente en los conflictos entre Perón y el frente estudiantil, en la defensa de presos políticos y en otras tantas actividades de "resistencia". Al mismo tiempo, su principal dirigente se había perfilado como el contradictor ideológico de Perón más destacado (Altamirano, 2001c), al articular el discurso de las fuerzas liberales y progresistas en torno a la defensa de los principios democráticos y republicanos. No fue extraño, entonces, que producido el golpe varios de sus hombres manifestaran su apoyo a la *Revolución* con su participación en cargos gubernamentales.¹

¹ Algunos de los nombres que figuraron en el gobierno fueron: Alfredo Palacios (Embajador de Uruguay), Rómulo Bogiolo (miembro del directorio del Banco Central), Leopoldo Portnoy (Director Nacional de Política Económica y Financiera), Andrés López Acotto (Director de Vigilancia de Precios), Angel Di Giorgio (interventor de la UTA), Carlos Sánchez Viamonte (miembro de la Comisión de Estudios Constitucionales designada por el gobierno para la reforma de la Constitución). Al compás del avance de la *Revolución Libertadora* y de las discusiones al interior del PS, algunos de los socialistas antes nombrados renunciaron a sus

De cualquier manera, el PS era hacia mediados de los años cincuenta un jugador menor del sistema de partidos y con escaso peso entre las corporaciones cuyas relaciones de fuerza marcarían el pulso del devenir social. Lo que es aún más importante, el nexo con las clases laboriosas a las que debía representar estaba ausente. Sí, en cambio, tenía prédica entre núcleos de sectores medios –profesionales en su gran mayoría– y había cobijado a un número importante de jóvenes universitarios.²

Fue precisamente el grueso de la juventud partidaria quien inauguró, acompañado por un componente heterogéneo de dirigentes y militantes socialistas perteneciente a la generación de los mayores,³ un proceso de redefinición de las ideas y prácticas políticas socialistas.

Evidentemente, esta operación adquirió su fisonomía en un particular marco político, social e ideológico. Ciertamente, el PS no fue ajeno al clima de debate generalizado presente en el conjunto de fuerzas sociales y actores políticos preocupados por la construcción de un nuevo orden tras la caída del peronismo; máxime con la desilusión que produjo el rumbo aramburista de la *Revolución Libertadora* y frente a la evidencia de que la ligazón del peronismo con la clase obrera no parecía resolverse con el borramiento de los rasgos autoritarios del modelo político peronista, la adopción de medidas económicas antipopulares y una no menor cuota de represión.

La redefinición de la retórica socialista elaborada fundamentalmente por el grueso de su juventud fue claramente una apuesta política que transitó por un doble andarivel; el de construir un espacio y tomar la delantera al interior del Partido, y también el de hacerse un lugar en las luchas en el mundo de la política.

En efecto, por una parte, septiembre de 1955 funcionó como una especie de catalizador para la emergencia de impugnaciones a la línea oficial partidaria. Centrada exclusivamente en lo que consideraba el carácter fascis-

puestos para manifestar su distancia y desacuerdo con el gobierno. Entre ellos: Sanchez Viamonte, Lopez Accoto, Portnoy.

²La coyuntura de 1955 marcó un importante ingreso de jóvenes al Partido, muchos de ellos estudiantes universitarios con perspectivas de actuar en política en el nuevo escenario posperonista.

³Entre los muchos jóvenes se contaban Abel Alexis Latendorf, Héctor Dieguez, Elías Semán, Jorge Graciarena, Augusto Pescuma, Ernesto Weinschelbaum, Oscar Troncoso, Héctor Polino, Miguel Murmis, Elisa Rando. Conformaron junto a algunos mayores (David Tieffenberg, Alicia Moreau de Justo, Alfredo Palacios, Carlos Sánchez Viamonte, José Luis Romero, entre otros) lo que entonces se conoció como la fracción “izquierdista” del Partido, en oposición al grupo liderado por Américo Ghioldi y la mayoría de los “históricos” de la agrupación –encarnados en las figuras de Nicolás Repetto, Juan Antonio Solari, Jacinto Oddone, entre otros– que, identificado como el sector “duro” o “de derecha” del Partido, mantendrá una inquebrantable posición de salvaguarda de la *Revolución Libertadora*.

ta del peronismo, había reforzado el perfil liberal-democrático del PS con la consiguiente ocultación de su propia especificidad como partido de clase. Al tiempo, funcionaría en los hechos como soporte material y político de aquellos sectores y aliados del gobierno propulsores de un plan político que, sustentado en borrar toda huella dejada por el peronismo, buscaría modificar las relaciones de fuerza favorables a las clases laboriosas en el plano de la sociedad.

Por otra parte, la necesidad de los jóvenes de recortarse con el objeto de hacerse visibles en el campo político e ideológico, no fue ajena tampoco al creciente influjo del frondizismo y al florecimiento de un polo crítico entre los intelectuales progresistas a cuya mayoría sedujo la propuesta del líder del radicalismo intransigente.⁴ La revisión que impulsaron aquellos jóvenes no estuvo exenta de vinculaciones con los cuestionamientos e invalidaciones de dicho polo crítico hacia el PS.

Señaladas estas consideraciones, podemos circunscribir con mayor precisión el territorio a indagar: la producción discursiva de la fracción crítica juvenil del PS en los meses que siguieron a la caída del peronismo. Pues, fue aquel escenario el que dio origen a la desorganización del sistema de creencias socialista. Mi interés es develar algunos de los rasgos que adquieren las respuestas a aquella desorganización desde la fracción crítica juvenil partidaria. La exploración se sitúa en el plano ideológico⁵, haciendo centro en aquel sector del partido que, considerado como productor colectivo de ideas, inaugurará un proceso de mutación de las tramas discursivas del Socialismo con futuras e importantes resonancias políticas dentro y fuera de los límites del Partido, aun, cabe señalarlo, en el contexto de una creciente tendencia

⁴ Esta nueva generación de intelectuales progresistas, declarados "sin maestros" y nucleados fundamentalmente en la revista *Contorno*, emprendieron una lucha contra sus mayores del campo intelectual (cuyo órgano por excelencia fue la revista liberal *Sur*) que acabó por definirse en términos de una querrela política y dio lugar a la formación de lo que se conocería como una "nueva izquierda intelectual". Sus nombres más representativos fueron David e Ismael Vinas, Ramón Alcalde, Noe Jitrik, Leon Rozitchner, Osiris Troiani, y Sebreli. Inspirados en Sartre y Merlau Ponty, rechazando fuertemente al marxismo soviético y atravesados por un sentimiento de culpa, emprendieron la tarea de dilucidar las causas del advenimiento del peronismo como una apuesta impulsada por su deseo de acercarse a las masas. Unas de las marcas de esa operación de resignificación del peronismo fue el duro cuestionamiento a la izquierda tradicional por su incapacidad para representar a las clases populares –de la que el PS fue su principal referente– y el progresivo deslizamiento hacia posiciones que combinaron una ideología marxista con valores nacionales. (Altamirano, 2001); (Sigal, 1991); (Teran, 1991).

⁵ Sin desconocer la complejidad del término ideología, al que le cabe un amplio espectro de significaciones no siempre compatibles entre sí, hemos circunscripto su uso a partir de las consideraciones de Ansart (1983) y Bourdieu (1985; 2000) sobre los discursos y las ideologías políticas. Sobre un análisis de las distintas tradiciones del término ideología, puede verse Eagleton (1997).

al desplazamiento del debate de las ideas de izquierda hacia las orillas de las organizaciones político-partidarias institucionalizadas.⁶

Nos preguntamos entonces: ¿qué valores, ideas y significaciones novedosas poblaron los esquemas de interpretación articulados por aquella fracción con el fin de decodificar la realidad político-social del país y actuar en ella?; ¿qué repertorio de definiciones pusieron en juego en su elaboración de un nuevo proyecto de orden social en el marco de la proscripción del peronismo y con la perspectiva de interpelar con éxito a la clase obrera?; por fin: ¿qué juego de afinidades y oposiciones ligó a sus interpretaciones y prescripciones con la fracción crítica del campo progresista antes aludida?

Intentaremos responder a estos interrogantes sin dejar de advertir que aun cuando no es posible aducir una estructura homogénea de opiniones entre los integrantes de la nueva generación –por ello menos aún enrolar a todos los jóvenes en la fracción contestataria del PS– podemos identificar una serie de rasgos que al superponerse y expandirse entre sus voces discordantes, concluyeron por conformar un discurso disruptivo de perfil diferencial.

Hemos elegido para el análisis dos publicaciones: *Futuro Socialista*⁷ y *Sagitario*⁸. La opción no ha sido fortuita. *Futuro* era el órgano oficial de la juventud del PS, abocado ante todo a difundir sus opiniones respecto de sucesos coyunturales. *Sagitario*, al decir de Altamirano (2001a), formaba par-

⁶ No aludiremos aquí al relato del complejo proceso que siguió la discusión interna del PS entre 1955 y 1958, y que condujo a la primera de una serie de divisiones partidarias del período posperonista. En otro trabajo nos hemos abocado a ello (Blanco, 2005).

⁷ En su “nueva época”, reapareció como una publicación quincenal el 8/11/55. Su Comité Editor estaba integrado por Ignacio Martins, Carmen Nale Roxlo, Alejandro Dehollain, Hector Dieguez y Oscar Troncoso. Hacia comienzos de 1956 Dehollain y Martins renunciaron y fueron reemplazados por Arturo Ferrari y Hugo Gambini, aun cuando siguieron escribiendo en la revista. Además de los integrantes del Comité Editor, escribieron allí Roberto Campbell, Elías Semán, Abel Alexis Latendorf, Ernesto Weinschelbum y Augusto Pescuma, entre otros. De todas maneras, la mayoría de los artículos y notas de FS no llevaron firma.

⁸ Director: Carlos Sánchez Viamonte; Comité Editor: C. Sánchez Viamonte, J. Ignacio Martins, Ana Goutman, Torcuato Di Tella, Rodolfo González, Jorge Graciarena, Augusto Pescuma; Secretario de Redacción: Ignacio Martins; Administración: Estela Acosta Lopez Lecube. Entre los que escribieron en algunos de los ocho números se contaron a Carlos Alberto Erro, Francisco Romero, Alfredo Palacios, Andrés López Acotto, Rodolfo Pandolfi, Roberto Giusti, Miguel Angel Asturias, Rómulo Betancurt. Más asiduamente lo hicieron: Hugo Gambini, Elías Semán, Abel Alexis Latendorf, Ignacio Martins, Carlos Sánchez Viamonte, Torcuato Di Tella, Jorge Graciarena y Augusto Pescuma, entre otros.

Los orígenes de la revista *Sagitario* se remontan a 1925. Concebida como una publicación de humanidades que reflejaba los debates y el pensamiento de la nueva generación reformista latinoamericana de 1918 y bajo la dirección de Carlos Sánchez Viamonte y Julio V. González –quienes aún no habían ingresado al PS– editó nueve números que se extendieron hasta 1927.

te de la red de revistas de la constelación liberal-progresista⁹; no era una revista partidaria, aun cuando la mayoría de los integrantes del Comité Editor eran jóvenes afiliados o simpatizantes del PS, encolumnados en lo que luego del golpe se perfilaría como el sector anti-ghioldista del partido. Era una publicación bimestral de "humanidades" cuyos textos de carácter ensayístico alternaban análisis políticos y culturales.

Ciertamente, ambas se reivindicaban fruto de una inspiración y voluntad juveniles, al tiempo que compartían a varios de sus *escribas*.¹⁰ Ahora bien, no todos los que allí escribían formaban parte de la fracción contestataria del PS ni, aun formando parte de ella, sus opiniones estaban exentas de divergencias.

Lo interesante de ellas es precisamente la tensión presente en su mismo cuerpo de ideas, que alterna las referencias más clásicas del Socialismo con soluciones argumentales de carácter más novedoso. En sus páginas podemos rastrear entonces no sólo los temas esenciales que darán entidad al naciente mapa ideológico de la fracción bajo análisis, sino también los síntomas del comienzo de su búsqueda de una nueva identidad sobre los restos de la que comenzaría a dislocarse.

II-

Durante los diez años del peronismo en el poder el pensamiento político oficial del PS no sufrió modificaciones. En su centro anidaba la caracterización del peronismo como "nazi-totalitarismo" y prescripciones para la acción socialista orientadas a la articulación de esfuerzos con otras fuerzas políticas antifascistas en la "lucha por la libertad", con lo cual las demandas propiamente socialistas quedaron de hecho postergadas. Correspondía a este pensamiento una imagen de la política peronista como fundada en la manipulación operada por el accionar "policíaco" y "demagógico" del Estado sobre una masa trabajadora sin conciencia gremial y política a la que se tendía a acusar por desoír las interpelaciones socialistas.¹¹

⁹ De hecho, revistas como *Liberalis* o *Sur*, publicaban anuncios en *Sagitario*; también lo hacían las revistas *Centro* e *Imago Mundi*.

¹⁰ Tales los casos de Ignacio Martins, Oscar Troncoso, Héctor Dieguez, Hugo Gambini, Augusto Pescuma, Ernesto Weinschelbaum.

¹¹ Una síntesis del pensamiento político de aquellos años puede verse en el discurso pronunciado por Ghioldi en el 37 Congreso del Partido Socialista, reunido en noviembre de 1950.

Allí, Ghioldi se refería al vínculo entre clase obrera y peronismo, haciendo suya una interpretación que las propias ciencias sociales popularizarían poco más adelante: el proceso de industrialización había provocado un proceso de migración interna del campo a la ciudad, que se tradujo en la conformación de una nueva clase obrera. Fueron precisamente estas formaciones

Pese a la sólida fortaleza que mostró este pensamiento durante los gobiernos peronistas, no faltaron intentos por someterlo a debate. Indudablemente, no lograron modificar las ideas y la línea sostenida por el círculo dirigente; tampoco pudieron articularse en una oposición orgánica a la tutela que sobre el verbo partidario ejerció Ghioldi en aquel lapso. Pese a ello, algunas de las ideas que poblarían los esquemas de interpretación de la joven generación a partir de 1955 encuentran su antecedente en varios de los principios sostenidos por las réplicas previas.

En tal sentido, hacia 1950, en *"Indicaciones sobre la situación de las masas en argentina"* (Romero, 1980), Romero desplegaría un juicio en abierta contradicción con los planteos que desde la dirección partidaria propulsaba Ghioldi. Además de llamar a ponderar las transformaciones sociales por encima de lo que consideraba un episodio político *"circunstancial"*, sindicaba al golpe de 1930 como el antecedente directo de la *"realidad actual"*. Según el historiador socialista, el accionar de la oligarquía había provocado la aparición de un profundo resentimiento popular contra los grupos dirigentes y un marcado escepticismo político, aunque las masas habían tomado una conciencia más clara de la justicia de ciertas reivindicaciones sociales y económicas.

Respecto del fenómeno peronista, Romero apuntaba entonces algunas consideraciones novedosas al discurso socialista oficial, sintetizadas en su insistencia en destacar el proceso social de afirmación de las masas. También destacaba que la experiencia peronista había dado paso a un novedoso proceso de politización de las masas al tiempo en que había reactualizado el interés de aquellas por los problemas gremiales.

Aun cuando Romero asumiera la concepción racionalista de la política propia del ideario socialista (Portantiero, 1999) —que reducía la constitución política de los actores sociales explicando, por caso, la filiación peronista de los trabajadores en términos de episodio circunstancial, activado por la interpelación demagógica de un líder popular a unas masas de carácter amorfo— su preocupación por descifrar los cambios estructurales de la sociedad argentina lo había llevado a destacar signos novedosos de ese proceso social. Y, sobre la base de lo que consideraba una constatación irrefutable, advertía: *"Se ha logrado un cierto progreso al que las masas no renunciarán, de modo tal que es ineficaz cualquier planteo que se haga sobre la base de retrotraer su situación a la de diez o veinte años"* (Romero, 1980).

obreras —sin hábitos de agremiación y cooperación, y desprovistas de cultura política— las *"arrastradas por el mito perónico"*. Las capas más antiguas del proletariado industrial, en cambio, eran *"democráticas"* y comprendían *"el sentido reaccionario del totalitarismo"* (Ghioldi, 1950).

Otra de las voces discordantes con la línea oficial partidaria fue la que Julio V. González alzó en el 37 Congreso Partidario, celebrado en 1950.¹² Desde su perspectiva, era indispensable para el Partido promover un proceso de autocrítica, pues las derrotas electorales de los años 1946 y 1948 habían visibilizado una problemática que, lejos de explicarse por las propias características de la coyuntura social y política, era de más largo aliento: los alcances de la interpelación socialista a la clase trabajadora.

González llamaba al partido a romper con el abandono de las masas, interpelándolas con propuestas que superaran su Programa Mínimo de conquista de mejoras en las condiciones de vida y de trabajo de la clase proletaria. Pues advertía que este propósito no sólo era propiciado ya por el conjunto de las organizaciones partidarias, sino que además la propia política peronista había satisfecho la mayoría de aquellas reivindicaciones socio-económicas.¹³

Por ello, González propulsaba un acercamiento a los trabajadores haciendo de la lucha por el logro de la sustitución del sistema capitalista por el socialista el contenido del Programa Máximo de acción partidaria.¹⁴ Su iniciativa de revalorización del fin revolucionario del PS apuntaba a distinguirse del resto de los partidos burgueses, al tiempo que reafirmaba su carácter de representante de los intereses de la clase trabajadora y no de cualquier otro sector social.

Junto con esto, González transmitía una imagen de la clase obrera distanciada de aquella sostenida mediante juicios admonitorios por las voces dirigentes del Partido. Era –sostenía– el sector social más numeroso, con mayor sentido de homogeneidad, organización y conciencia de sus intereses. No obstante, dicha caracterización de orden más general convivía en tensión con aquella otra que González desplegaba en su exposición al referirse a la ligazón de los trabajadores con los movimientos políticos populares. Aun cuando atribuyera la responsabilidad del alejamiento de los traba-

¹² Un pormenorizado análisis de la llamada polémica González/Ghioldi en dicho Congreso, puede verse en Herrera (2004).

¹³ Decía: “Bajo el régimen imperante, el hecho ha tocado todo extremo imaginable, sin olvidar el precio enorme que a la clase trabajadora se le exige pagar por los beneficios que recibe. Dentro de su condición de asalariado del capital, bien poca cosa más quedaría por conceder al obrero en punto a ventajas de vida y de trabajo” (González, 1950)

¹⁴ En un mismo movimiento argumental, amonestaba lo que consideraba el “principio catastrófico de revolución social” del comunismo y decía adscribir a la línea legalista y democrática del laborismo inglés al mismo tiempo en que afirmaba que la asunción del Programa Máximo se justificaba en la constatación de que el capitalismo mundial venía atravesando desde la primera guerra mundial un proceso de descomposición; se hallaba –según su definición– “en la última hora de su existencia” (González, 1950)

jadores del PS al accionar de la propia agrupación, elegía ilustrar aquella adhesión en los términos del pasaje de un colectivo con “*personalidad de clase*” donada por el Socialismo a una “*masa amorfa alucinada*” por la “*mística*” de Yrigoyen, primero, y de Perón, después, que había cedido a los “*halagos*”, “*promesas*” y “*dádivas*” demagógicas aun al precio de perder sus libertades civiles y sus derechos sindicales (González, 1950).¹⁵

Pese a que durante el peronismo los discursos opositores a la línea oficial partidaria tuvieron dificultades para articular una interpretación de la realidad argentina y una prescripción para la acción descentrada de la antítesis totalitarismo/democracia, los casos de González y Romero se presentaron como sugestivas interpretaciones; intersticios por donde podía colarse la incomodidad de un inorgánico sector partidario que buscaba la apertura del debate con urgencia militante.

En efecto, aun cuando el Socialismo todo compartía una visión de la clase obrera como manipulada por la demagogia peronista –por lo que le cabía al Partido una misión pedagógica, en tanto se nombraba vanguardia de las clases laboriosas–, no todos sus sectores se resignaban a hacer de esta caracterización y de la definición del peronismo como totalitarismo la base de su diagnóstico de la época actual y el punto de partida para la definición de la misión y el accionar socialista.

Tanto la perspectiva de Romero como las consideraciones de González buscaron relativizar el rasgo despectivo que el núcleo dirigente imputaba a los trabajadores, aun cuando no avizoraran el carácter complejo y resistente de su asunción identitaria. En un caso, la vía fue poner en entredicho el propio accionar del Partido; en el otro, destacar las transformaciones sociales y el novedoso carácter de las demandas y perfil de las masas obreras. Sus

¹⁵ El conjunto de fórmulas ghioldistas, logró desarticular los criterios expuestos por González en el Congreso Partidario de 1951. Indudablemente señalar los méritos de las maneras discursivas de Ghioldi no resulta suficiente para desentrañar su triunfo. Un orden de cuestiones inextricablemente vinculadas podrían aventurarse a modo de hipótesis explicativas. En primer término, si se partía de la amonestación al peronismo y se entendía el vínculo entre la clase obrera y Perón en términos de engaño pasajero –ambas afirmaciones a las que por entonces el conjunto de los socialistas adscribían–, la consecuencia lógica que se desprendía para el accionar del PS en aquella particular coyuntura histórica era justamente la de luchar contra el régimen. Vinculado a ello, no puede dejar de señalarse que Ghioldi supo enhebrar una argumentación que –aun cuando desvirtuó en parte los dichos de González– apuntó contra ciertas generalidades y debilidades del discurso de éste. En efecto, las afirmaciones de González en torno a la crisis terminal del capitalismo argentino, la ausencia de referencias concretas sobre el modo de llevar a cabo el Programa Máximo del Partido, su utilización simplificada del Manifiesto Comunista como único argumento de autoridad y la inexistencia de un análisis pormenorizado del peronismo, habilitaron a Ghioldi a calificar sus afirmaciones de dogmáticas y utópicas.

apelaciones a restituir las fronteras entre el PS y el resto de los partidos burgueses se combinaban con las advertencias respecto del futuro. Ciertamente, resultaba singular la inclusión en el dispositivo discursivo socialista de una perspectiva que subrayaba como nuevo punto de partida para la reconquista de los trabajadores el progreso que aquellos habían alcanzado en los últimos años.

Pocos años más tarde, cuando la *Revolución Libertadora* dé inicio a cambios en las relaciones sociales y modifique las condiciones del juego político, una proporción no menor de las consignas levantadas por Romero y González serán asumidas como argumentos de autoridad y tomadas como puntos de referencia por el grueso de los jóvenes socialistas en sus disputas por la significación en el seno del Partido.

III-

a- Las distintas versiones del “hecho” peronista

La euforia pro Libertadora no escapó a los jóvenes, quienes vieron en la destitución de Perón la puerta de entrada para la posible reposición de sus vínculos con la clase obrera.

Ciertamente, como tantos otros actores que buscaban incidir en la realidad política y social abierta con la Revolución Libertadora, participaron en el debate sobre las características que debía asumir la “reconstrucción” del país. Debates, por cierto, que tenían como punto de arranque la definición del peronismo y la elucidación sobre la cualidad de la adhesión de los trabajadores a aquel movimiento.

El repertorio de explicaciones que aquella fracción del Socialismo iría desplegando sobre el peronismo fue disímil, aun cuando sustentado en una misma clave: aquella que refería a sus rasgos autoritarios, demagógicos y fascistas.

En rigor, lo que distinguía a las líneas interpretativas puestas en juego era cuál de los elementos del conjunto de los que componían la caracterización socialista del fenómeno era presentado como la variable explicativa substancial. Por eso, en no pocas ocasiones, estas tramas argumentativas se articularon como componentes de un mismo discurso. Aun así, las maneras diferenciales de articular la lógica argumentativa resultaron en significaciones de orden diferente.

Lo que podríamos nominar la “versión liberal” del peronismo hacía centro en el carácter contrarrevolucionario, fascista e incidental del fenómeno, impulsado desde el aparato estatal por políticas coercitivas, propagan-

dísticas y demagógicas. Según esta versión, Perón sólo había logrado la adhesión del *lumpen proletariat*, es decir “un sector de la masa que no pertenece al proletariado propiamente dicho y que actúa sin responsabilidad y sin conciencia de clase, como fuerza numérica, puramente cuantitativa, movida por estímulos inmediatos de ventajas individuales” (*Sagitario*, mar./abril de 1956, editorial).

Se seguía que la lesión más profunda que estas prácticas habían provocado se evidenciaba en una degradación moral presente en el conjunto de las esferas societales.

Lo que poco más adelante se popularizaría como la “versión sociológica” hacía de la distinción entre vieja y nueva clase obrera el núcleo de su argumentación. Esta línea interpretativa recalca que el rápido y anómalo proceso industrializador con sus salarios urbanos habían atraído “al trabajador agrario, seminomade, mal retribuido y peor alojado. [...] Los trabajadores llegados a la industria huérfanos de toda experiencia sindical y política, ponen el hombro a la empresa (de Perón) con limpio e ingenuo fervor” (Andrés López Acotto, *Sagitario*, jul/ag. de 1956, Secc. Polémicas). La referencia primordial anidaba entonces en la ausencia de educación gremial y política de una clase obrera sin formación cívica que creció con las mentiras del “*déspota*”, en contraposición a aquella otra más antigua, madura, con conciencia de clase y –lo más relevante– “*democrática*” y “*antitotalitaria*”.

Por último, la que llamaremos “versión sintomática” daba relevancia a las condiciones de emergencia del peronismo. En efecto, la explicación se buscaba en las experiencias políticas y la realidad social previa a su surgimiento. Desde esta perspectiva, la creencia de la clase trabajadora en la palabra de Perón respondía a su propia condición de excluida en el contexto de un régimen oligárquico que no atendía sus demandas, que no otorgaba canales para su expresión política y que habilitaba un accionar discrecional de los patrones en los lugares de trabajo. Esta argumentación destacaba que las masas habían aceptado comprensiblemente la bandera de la justicia social, ausente en los principales adversarios políticos del peronismo, más allá de que Perón hiciera de ella una mascarada.

La primera de las interpretaciones reseñadas se tejía bajo el supuesto de una noción de progreso que discernía el proceso histórico como una serie evolutiva que partía de los derechos del hombre y del ciudadano y se encaminaba con paso lento pero firme hacia la justicia social. Según esta lógica narrativa, el régimen peronista había significado –al igual que el rosista– una irrupción en aquel camino. Era una manera particular de articular el tiempo histórico, que asignaba lugares a tradiciones políticas, fechas y próceres, al tiempo que construía una imagen del pasado que legitimaba las luchas del presente y habilitaba los proyectos hacia el futuro. En fin, una lógica narra-

tiva que construía una genealogía con referencias obligadas a la tradición liberal y progresista, de la que los socialistas se decían parte. El relato solía ir de la revolución de mayo a la caída del peronismo y pasar por el desvío rosista, la generación de 1937, las máximas echeverrianas, las bases de Alberdi, la generación de 1980, la fundación del Partido Socialista, el reformismo de 1918 y la segunda “tiranía”.¹⁶

Indudablemente, una suerte de “afinidades electivas” entre principios liberales y principios progresistas habían informado la tradición del ideario socialista.

Los principios compartidos remitían tanto al apego a la defensa de las libertades cívicas, como a la limitación del poder de Estado y a la reivindicación del constitucionalismo. En efecto, los componentes ideológicos que – aun no sin tensiones e invarianzas– dieron históricamente cuerpo al Socialismo sumaban a una concepción teleológica y finalista de la historia que identificaba al proletariado como sujeto de la historia y a una noción racionalista de la política que decía ubicarse a las antípodas de la criolla a partir de buscar organizar y educar a los sectores populares mediante el Partido Político, los sindicatos y las cooperativas, una defensa de los valores democráticos, republicanos y de justicia social sustentados en la posibilidad que el sufragio otorgaba para el ejercicio de la política a través de la actividad parlamentaria.

Ciertamente, muchos militantes socialistas habían decodificado su vivencia de la experiencia peronista fundamentalmente como la manifestación de la violación a muchos de aquellos principios cívicos y republicanos. Por ello, no fue extraño que los reivindicaran tanto.

Al mismo tiempo, el conjunto de los jóvenes socialistas hicieron de su protagonismo en la lucha contra el régimen político peronista su carta de

¹⁶ Así, por ejemplo: “El pensamiento liberal argentino llevaba en su entraña el germen ideológico de la transformación social que adquirió luego formas orgánicas en la sistematización doctrinal del socialismo científico. La tiranía de Rosas no sólo interrumpió sino que desbarató la marcha de ese proceso. La que llamamos generación del 37 fue la depositaria y la sostenedora del pensamiento liberal, con Echeverría a la cabeza [...]. Alberdi, el ordenador, tuvo que enfrentarse a una realidad imprevista [...] se sintió obligado a apartarse de la senda trazada por el significado social que tratarán de imprimir al pensamiento liberal de Mayo, Moreno, Rivadavia y Echeverría [...]. El espíritu liberal, aunque privado del contenido social, resurgió en la generación del ‘80 [...]. Con [Perón] nuestro país vivió una década de parálisis ideológica y de confusión política y social, bajo el totalitarismo demagógico, técnicamente perfeccionado ... La terminación de todo esto con la caída de la dictadura, permite la recuperación del primero de mayo por el verdadero proletariado argentino. [...] ahora comienza la revolución política y social declamada y caricaturizada durante los últimos diez años” (Sagitario, mar./abril de 1956, Ed.). Abundan en Sagitario este tipo de referencias, en ensayos de socialistas y también en los de intelectuales de tradición liberal-progresista como Francisco Romero o Carlos Alberto Erro.

derecho para una participación activa tanto en el proceso de toma de decisiones del Partido como en la práctica política a nivel nacional.

La jerga de aquellos, universitarios en su gran mayoría, reivindicaba como lengua madre el reformismo de 1918. Se nombraban a sí mismos como la “*generación del cincuenta y seis*”, heredera de aquella otra generación “*frustrada*” que les legaba, aseguraban, un manantial de ideas y de sentimientos vivos y operantes. En efecto, la operación de reconocimiento de estos jóvenes en la herencia reformista, además de hacer de su pertenencia generacional una marca de identidad, los insertaba en una tradición liberal y progresista que había hecho suya la defensa de los principios democráticos, laicos y antiimperialistas de la generación del dieciocho.

Ahora bien, sobre este fondo de valores compartidos, y conforme avanzaba la *Revolución Libertadora*, las convicciones que organizaron sus marcas de identidad y su crítica al peronismo en su versión más sancionadora y liberal, se agrietaron y fueron perdiendo predicamento entre la fracción crítica de la juventud socialista.

Cuando la evidencia de los hechos mostró que la anulación de lo que se consideraba una política manipuladora y coercitiva no estaba acercando a las masas laboriosas a posiciones de izquierda, aquellas visiones del peronismo que provisoriamente llamamos “*sintomática*” y “*sociológica*” se anudaron más sólidamente en el discurso de aquella fracción con una demanda de iniciar la reconstrucción del país tomando como punto de partida la “*realidad tal cual es*”. Evidentemente, contribuyó a ello también la solidificación de una política “*libertadora*” de rasgos represivos y la reafirmación del grupo ghioldista del Partido de los principios liberales y de lealtad cuasi incondicional al gobierno provisional.

Aquellos jóvenes críticos decían que la difícil tarea de la “*reconstrucción*” debía ser renovadora, evitando restituir un pasado de injusticia social y descomposición política al que el peronismo no había hecho sino sumar sus propias arbitrariedades. Si el espíritu de las instituciones republicanas y democráticas merecía ser restituido, lo era a condición de dotar a la democracia de un verdadero contenido social.¹⁷ Por eso, sostenían, “*reducir los problemas de hoy a la simple fórmula de ‘desperonizar’ el país y volver al estado anterior, solamente es concebible en sectores de un elementalismo e insensibilidad social enormes*” (FS, 17/1/1956).

¹⁷ Su discurso acentuó las referencias que buscaron distinguir su defensa del liberalismo político de aquella concepción del liberalismo que, organizada en función de la esfera económica, desconocía el papel que los organismos estatales pudieran cumplir en la limitación a ese poder. La libertad política –insistieron– debía ser el instrumento que concretara la auténtica democracia social.

Estas argumentaciones implicaron dos órdenes combinados de redefiniciones en el discurso de los jóvenes críticos del Socialismo: el primero, referido a las imágenes del mundo social pre-peronista, peronista y posperonista orientadas a formular propuestas de reconstrucción del orden que evadieran la mera desperonización; el segundo, vinculado a las modalidades de interpelación a las masas encauzadas a lograr una adhesión de la que era acreedora el movimiento peronista.

b- Viejos y nuevos preceptos en novedosas combinaciones

Como integrantes de un Partido que conformaba la coalición victoriosa, la juvenil fracción revisionista comenzó por recortarse de las filiaciones políticas, sociales e ideológicas de sus ocasionales aliados al tiempo que exigió claridad de principios a sus mayores partidarios. En su insistencia por afirmar que nada tenían en común con aquellas fuerzas con las cuales habían ayudado a derrocar al régimen peronista, afirmaban su pertenencia a una agrupación política de clase trabajadora y subrayaban que *“el problema de la hora”* era la *“cuestión social”*. Se decían fundamentalmente anticapitalistas y, además de nominar como adversarios a los totalitarios, a las fuerzas nacionalistas y a las clericales, referían enérgicamente a las *“oligarquías criollas”* o *“minorías parasitarias”* y a los imperialismos de signo capitalista o comunista.¹⁸

Estas afirmaciones tenían como unas de sus marcas de distinción el malestar por lo que consideraban los efectos del accionar de la dirigencia oficial partidaria en los últimos años. En efecto, para estos jóvenes el problema residía en que en aquellos pasados años, ante la falta de libertad, la lucha se había centrado en su defensa, en desmedro de todo lo relacionado con la posición doctrinaria (FS, 3/1/1956, ed.). Si durante el régimen peronista esta posición era tolerable y hasta comprensible, superado aquél, la fracción crítica exigía con apremio militante un reposicionamiento del Partido.

Comprometida en aquella búsqueda, inauguró un proceso de escisión con algunos de los fundamentos nutrientes de la tradición liberal-progresista; al tiempo, dio comienzo a un ensayo orientado a producir combinaciones argumentales disímiles al ordenamiento más tradicionalmente asociado a la familia de significaciones del ideario socialista.

Entre ellos y la generación de 1918 había, dijeron, una continuidad que se sustentaba en la frustración de los ideales de la reforma y al mismo tiempo en su vigencia. Pero, conjuntamente con dicha continuidad, subra-

¹⁸ Estas afirmaciones pueden verse entre otras en : FS, 3/1/56, o en FS, 10/4/56; también en declaraciones de la Juventud Universitaria Socialista y en artículos aparecidos en *Sagitario* en 1956 bajo la firma de hombres como E. Semán e I. Martins.

yaron la separación que surgía de las circunstancias históricas –indudablemente signadas por la experiencia peronista– que habían rodeado su nacimiento como generación de 1956. Aseguraron que en los principios del reformismo anidaban las elaboraciones teóricas y prácticas para la comprensión de la “tragedia argentina”, primera exigencia lógica para iniciar con paso cierto la empresa de “transformación del país” (Semán, *Sagitario*, en./feb. 1956).

Indudablemente, esta operación se inscribe en los mecanismos, propios de toda acción política y posicionamiento ideológico, de apropiación y filiación a una tradición a la que se reinventa constantemente.

Así, desde las páginas de *Sagitario* y *Futuro Socialista*, jóvenes partidarios como Lattendorf, Semán y otros, como así también dirigentes sindicales socialistas como Ignacio Martins, singularizaron la consigna anticapitalista ubicándola en una perspectiva antiimperialista y latinoamericana.

La narrativa referida al imperialismo se alimentó de los vientos de la época al articularse con posiciones anticolonialistas alineadas en la descalificación de los países europeos que luchaban contra las guerras de liberación nacional en África, Asia y América, y el poder “expansionista” de Norteamérica (Lattendorf y Orse, *Sagitario*, en./feb.1956, Secc. Enfoques de nuestra América). De hecho, muchos de los jóvenes socialistas se nutrieron con la bibliografía que por aquella época comenzaba a hacer de la antítesis colonia/imperio el eje ordenador de las interpretaciones sobre la suerte de los países atrasados. Elías Semán, por caso, comentaba sugestivamente en *Sagitario* el libro “La rebelión de los pueblos débiles” del boliviano Antonio García, donde el autor planteaba la necesidad de promover un socialismo auténticamente americano, a partir de la construcción de una teoría revolucionaria que tuviera su anclaje no en los socialismos europeos, sino en las realidades de los países americanos sometidos a la presión imperialista (Semán, *Sagitario*, mar./abril 1956, Secc. Bibliografía).

La retórica antiimperialista desplegada por algunos de los jóvenes socialistas, y afirmada en el interés por articular al país con América Latina, entroncó con una lectura de la historia del continente en términos duales. Según aquella narrativa, como una realidad previa al descubrimiento, el juego de oposiciones entre una América del norte y una criolla, se había replicado durante la conquista y la colonización, había seguido su curso en el proceso de la independencia, continuó avanzado con la conquista económica de Indoamérica por los EE. UU. y las inversiones del viejo continente en la América atlántica, hasta la unificación de América en su dependencia del capital “yankee”, del que el continente debía liberarse.

En el despliegue de esta narrativa antiimperialista –informada de un fuerte contenido antinorteamericano– se aludía negativa y poco veladamen-

te al peronismo y también al frondizismo como soluciones “ficticias” propulsadas por los nacionalismos que, en acuerdo con las “burguesías criollas”, los “jefes militares” y el “clero”, hasta tenían “voceros políticos que han logrado configurar agrupaciones electorales” (Martins I., *Sagitario*, jul./ag. 1956).

Como en un juego de oposiciones hacia dentro y hacia fuera del propio Partido, Ignacio Martins, uno de quienes tejieron esta narrativa, afirmaba: “Sólo el socialismo puede unir, en una lucha contra el imperialismo y contra las burguesías locales, a las masas oprimidas del continente criollo y a la juventud inquieta que se rebela ante el abuso que sangra a la tierra común. Pero, como paso previo, urge que todo el socialismo viva la realidad americana” (Martins I., *Sagitario*, jul./ag. 1956).

Para algunos de los integrantes de esta franja de jóvenes críticos, la realidad de una Argentina posperonista “liberada” debía ser la punta de lanza de la conformación de un programa latinoamericano que, elaborado por los partidos populares y socialistas del continente, contemplara la unidad de los trabajadores para impulsar las transformaciones económicas de justicia distributiva, fortalecer el movimiento gremial de América Latina, resolver la cuestión agraria y la intervención del Estado para impulsar una verdadera industrialización y frenar, al mismo tiempo, la influencia que los imperialismos asociados con las oligarquías locales ejercían sobre los países de América Latina (Troncoso O., *Sagitario*, en./feb. 1956).¹⁹

Ahora bien, en la operación de resignificación que trabajosamente comenzó a tejer aquella fracción partidaria, hubo unos pocos mayores dentro de la agrupación que no sólo les proveyeron algunos elementos para conformar sus esquemas interpretativos, sino también autoridad para hablar al interpelarlos como dignatarios privilegiados del ser y el hacer socialista.

Sin duda, Palacios fue el más destacado de los interlocutores de aquella juventud. De igual forma, Romero, Sánchez Viamonte y Tieffenberg fueron para ellos figuras importantes. Por otra parte, la imagen del ya fallecido J. V. González se proyectó con un impulso no menor entre la joven generación.

Palacios ejerció una notable seducción sobre la juventud en varios sentidos. Por una parte, en los contenidos de su retórica se encontraban muchas de las concepciones que los jóvenes buscaban afirmar tales como sus históricas argumentaciones en defensa de la conformación de una comunidad de pueblos americanos, sus posiciones antiimperialistas, sus afirmacio-

¹⁹ Troncoso escribió esta nota para conmemorar una reunión de partidos “socialistas” y “populares” que habían elaborado en Chile una declaración de principios en los términos señalados. Esta conmemoración era una manera de reivindicar una política pasada, a la que se consideraba de plena vigencia para el hacer presente. En aquella ocasión, R. Bogliolo representó al PS argentino y Haya de la Torre al Aprismo Peruano. También hubo representantes de Venezuela, Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia y Uruguay.

nes sobre la conciencia democrática de las masas y su poder de transformación por encima de cualquier “*corrupción dictatorial*”, como así también su defensa de un socialismo democrático articulado en la noción de justicia social y en un hacer por fuera de cualquier determinismo histórico.

Por otro lado, y más allá de ser Palacios una figura prominentemente carismática o probablemente por ello, sus apelaciones al heroísmo juvenil y sus incitaciones a rebelarse contra los mayores no podían sino ser escuchadas con agrado por una juventud abocada a construir un argumento de autoridad y a hacerse de aliados para tomar la palabra frente a las amonestaciones de los viejos dirigentes partidarios.

Conjuntamente, los esfuerzos analíticos de Romero sobre la matriz social del peronismo fueron una fuente de inspiración que alimentó los posicionamientos de una joven generación en su mayoría muy vinculada a la figura del historiador por su accionar en el campo cultural y universitario.

En cuanto a J. V. González, la joven generación emprendió un trabajo de revaluación de su perfil como padre del reformismo, militante partidario y defensor de las ideas socialistas durante el peronismo. Sin duda, la restitución de González en el panteón de los próceres del Socialismo no escapó a una operación de legitimación de sus posiciones frente a un ghioldismo que pocos años atrás había sido antagonista del propio González. Efectivamente, los jóvenes habían tomado como punto de arranque de su empresa revisionista, varios de los postulados desplegados sin éxito por González en su famosa polémica con Ghioldi.²⁰

c- Las maneras de la interpelación a los trabajadores peronistas

Como antes para el grupo de González, en el origen de los virajes ideológicos y políticos emprendidos por la fracción socialista de la joven “*generación del cincuenta y seis*”, anidaba una pregunta que poco después se revelará prácticamente irresoluble: cómo interpelar a una clase trabajadora para convertir su lealtad al peronismo en adhesión al Socialismo.

A juicio de estos jóvenes le cabía al Socialismo bregar por los intereses de la clase trabajadora. En este sentido, como vimos, llamaba a emprender una lucha contra las oligarquías locales y sus aliados imperialistas, a promover la libertad política y el robustecimiento sindical de la masa laboriosa en cooperación con los países de América Latina, y a propulsar mecanismos

²⁰ En tal sentido, Semán subrayaba el papel clarificador de González en el contexto de la “*confusión que trajeron en los partidos y en las ideas los 12 años*” del peronismo, al buscar mas allá de “*las causas superficiales de la derrota democrática*” los motivos del alejamiento de las masas del Socialismo. Llamaba también a imitar su “*cultura militante, más necesaria hoy que nunca*” (Semán E., *Sagitario*, en./feb. 1956).

legales que aseguraran una verdadera democracia social teniendo como perspectiva la transformación de las estructuras capitalistas.

Ahora bien, sobre este horizonte de certezas, la joven generación se indagó acerca de los recursos más eficaces para dirigir la palabra a sus potenciales representados. Afirmaron como primera respuesta la inconveniencia de machacar sobre los abusos, desmanes y aspectos “tenebrosos” del régimen, y el carácter estéril de aquellos análisis superficiales y unilaterales sobre el peronismo que agraviaban a los trabajadores por sucumbir a la demagogia autoritaria del régimen derrocado. A su juicio, su generación debía despojarse de todo orgullo y vanidad en relación con la conducta observada y denotar comprensión frente a ella. En suma, comprender a los trabajadores para permitirles que comprendan. Entonces los jóvenes eligieron dirigir su palabra directamente a los trabajadores desde las páginas de *Futuro Socialista*. Esta serie de interpelaciones, asumieron variados estilos: desde la publicación de cartas dirigidas a trabajadores peronistas y la supuesta réplica de puño y letra de un “anónimo joven” con aquella identidad, hasta la transcripción de hipotéticos diálogos entre los obreros que seguían a Perón y los de filiación socialista.

Lo más interesante y singular de esta serie de escritos es, más que su contenido, la forma que asumió su retórica y el lugar que construyó para dirigirse a los peronistas.

Las interpelaciones bajo la forma de diálogo repitieron la misma lógica: a los argumentos esgrimidos por el supuesto trabajador peronista –vinculados, según el caso, con la afirmación de la ineficacia de la libertad y la democracia para resolver sus problemas sociales o con el aserto de la fatuidad de las ideas políticas para la obtención de sus demandas económicas y la evaluación del accionar de un gobierno– el socialista le respondía desplegando un saber escolarizado sobre la importancia del ejercicio de los derechos y de la protesta, al tiempo que explicitaba las críticas de las que era objeto el propio Partido, negándoles veracidad.²¹

Tal vez pueda atribuirse a la “*Carta a un joven peronista*” (FS, 1ra quincena, marzo 1956, pág. gremial), el carácter de arquetipo de esta lógica retórica.

Allí, los jóvenes socialistas eligieron un tono docente y fraterno para dirigirse al “*joven peronista*”, buscando demostrar que comprendían la supervivencia de la lealtad a su líder y los motivos que la fundaban: “*Queremos hablar contigo, joven peronista. Si, te llamamos así, porque sabemos que sigues pensando que Perón fue el único hombre que habló tu lenguaje y supo ganarse tu confianza.*”

²¹ Véanse, como ejemplo, “La ventana indiscreta”, (FS, 1ra quincena de marzo, 1956); o “La ventana indiscreta” (FS, 30/5/1956).

Sabemos también que en el fondo de tu corazón queda todavía la ilusión de su regreso". Seguidamente, pusieron en funcionamiento los principios que regulaban las visiones "sintomática" y "sociológica" del peronismo, para afirmar: "Te entendemos y queremos decirte claramente que se explica que te hayas hecho peronista". Exoneraron a los trabajadores de la culpa por adscribir a aquel movimiento, al mismo tiempo que se otorgaron autoridad para hablar en su nombre; lo hicieron amparados en el supuesto de compartir los mismos "enemigos" y, sobre todo, otorgándose un lugar de clarividencia: ellos sí habían podido ver más allá de las ofertas providenciales de Perón, porque ellos no creían en los hombres providenciales.

En los modos y también en el contenido de la interpelación no estuvo ausente la preocupación por el ascendente influjo que el frondizismo comenzó a tener en el campo político. En efecto, las referencias a los "hombres providenciales" no sólo estaban dirigidas a Perón y a los peronistas que, aun en condiciones de proscripción, tenían influjo en el mundo político y sindical nacional. También referían a las maneras políticas de Frondizi, quien comenzaba a encontrar una modo de responder al "problema del peronismo" con su propuesta más tarde conocida como desarrollista y de reabsorción del peronismo a partir de la consolidación de un partido nacional popular bajo su liderazgo.²²

Refiriéndose expresamente a él en la carta antes mencionada, los jóvenes advertían: "hoy hay muchos 'hombres providenciales' y muchos te prometen el paraíso. Hay hombres providenciales que fueron peronistas y hay también algunos que nunca estuvieron con Perón, pero que hoy copian sus métodos y aspiran a recoger su herencia". En contraposición, aseguraban que el PS había sido el primer Partido en sostener la bandera de la justicia social y en promover el fortalecimiento de las corporaciones representativas de los intereses obreros. Entonces, volvían a afirmar: "Queremos que te acerques a nosotros para que nos conozcamos mejor, aunque hayas sido peronista, aunque lo sigas siendo. Queremos ayudarte y necesitamos de tu ayuda".

En el número siguiente de FS, los jóvenes publicaron una inverosímil carta hipotéticamente escrita por un "joven peronista anónimo", quien justificaba su ser peronista en los beneficios socio-económicos otorgados por Perón y en el carácter explotador y corrupto de los pasados gobiernos conservadores. La carta se cerraba con las siguientes afirmaciones: "Se me dirá que soy un átomo de la masa ... del aluvión zoológico, que los peronistas no tenemos conciencia cívica, que se nos engaña con espejismos, que no estamos capacitados para los derechos políticos y demás. Entonces, señor, yo sentiré mucha lástima por los que tales cosas

²² Para un análisis del desarrollo de las ideas frondizistas véase Altamirano (1998).

afirmen, y consideraré inútil todo diálogo explicativo". Los saludaba "atentamente", "un joven peronista" (FS, 27/3/1956).

El círculo de las misivas se cerró con una última réplica del "joven socialista", quién además de argumentar sobre la demagogia peronista y afirmar que la mayoría de las mejoras otorgadas por Perón habían sido extraídas de los proyectos que los socialistas defendieron en el Parlamento frente a la "miopía" de los conservadores, aclaraba: "No te pondremos motes ni nombres insultantes. Ya te hemos dicho que se explicaba que fueras peronista porque a ello te habían empujado los que no te comprendieron y frenaron durante años el progreso argentino. Nunca insultamos y siempre pensamos con Justo ... 'la clase obrera es sincera aun en el error'. Te pedimos que nos sigas leyendo y alentando con tus críticas. Nuestra misión es conversar con el pueblo para que nos conozcamos y empecemos a trabajar por una nueva argentina". Firmaba: "un joven socialista" (FS, 27/3/1956).

Marcadas por un estilo coloquial, que buscaba imitar los presumibles modismos de los sectores populares, y con afirmaciones morales desplegadas didácticamente, estas interpelaciones decían guiarse por el respeto y la comprensión hacia las clases laboriosas.

Innegablemente, en la base de sus observaciones arraigaba una visión de sí mismos como de una vanguardia capaz de señalar a las masas laboriosas no sólo cuales eran sus verdaderos intereses sino también el modo más adecuado para alcanzarlos. También, una imagen de un Partido al que se ofrecía como escuela para aquellos propósitos. Ciertamente es que esta modalidad pedagógica de interpelación formaba parte de la tradición partidaria; lo singular estuvo dado, en todo caso, en el modo en que se actualizó frente a la persistencia de la fidelidad de los trabajadores al peronismo aun después del derrocamiento de su gobierno, quizás sostenida por la creencia de que una apelación comprensiva podía facilitar sin más la transferencia de sus lealtades políticas.

d- Una respuesta a *Contorno*

Ciertamente, la discusión ideológica al interior del Socialismo propulsada por una importante fracción de la juventud se inscribió en un campo mayor que el partidario. Los enunciados que comenzó a articular se pronunciaron en relación con otros discursos rivales donde el debate de ideas se confundió con la pugna política en una coyuntura marcada por el ascenso de la "resistencia" peronista, la deslegitimidad creciente de la *Revolución Libertadora* y la figura ascendente de Frondizi.

Aun cuando pudiera no haber sido pensado expresamente, el conjunto de interpelaciones reseñadas tuvo también mucho de gesto al interior del campo de la izquierda. En efecto, en los dichos atribuibles a ambos jóvenes

anidaban varias de las críticas que con fuerza la intelectualidad crítica progresista le hacía al Socialismo.

Aun cuando aquel esfuerzo interpelador se dijera sustentado en la idea de comprender al peronismo, conservaba precisamente aquellos rasgos de superioridad moral y de clarividencia política censurados por el revisionismo intelectual, que acusaba justamente al Socialismo por su falta de contacto con las masas y de haberse transformado en derechista (Altamirano, 2001).

Los jóvenes del PS no desconocían tamañas impugnaciones y hubo entre ellos quién se sintió obligado a responderles. Troncoso dedicará entonces un pensado y extenso análisis al número especial de *Contorno* sobre el peronismo²³ (Sagitario, jul./ag. 1956, Secc. Polémicas), donde la joven generación de escritores se abocaría precisamente a la apuesta política de “comprender” aquel fenómeno, bajo la perspectiva de reunirse con las masas.

Las primeras afirmaciones de Troncoso acentuaron el valor de una reflexión que calificaba por fuera de “falsos esquematismos” y orientada hacia una problemática que estimaba primordial: desentrañar la raíz profunda que había alimentado y sostenido al régimen peronista.

El punto de partida de las consideraciones de Troncoso era su referencia a sí mismo como integrante de la misma generación a la que pertenecían los redactores de *Contorno*. Para el socialista, el signo distintivo de aquella era su experiencia vital respecto del peronismo. Un peronismo que, según su gráfica pluma, los había “calado hasta los huesos” al haber penetrado por todos los intersticios del acontecer nacional justo al mismo tiempo en que ellos desembarcaban en la vida política y literaria.²⁴

Para Troncoso, en el origen del “drama” de los socialistas de su generación estaba la naturaleza de la lucha empeñada en los últimos años, que había simplificado el campo de la disputa política en dos bandos: aquellos

²³ El primer número de *Contorno* data de 1953. Concebida como revista literaria por la joven generación a la que hicieramos referencia en la nota 8, para 1956 publicó un número especial (julio-agosto) destinado al análisis del peronismo, que buscaba colocarse –decían– por fuera de la simplificación y los falsos esquematismos. En su editorial afirmaron proponerse “enfrentar el riesgo de decir esto del peronismo, sí; esto del peronismo, no”. Su objeto de crítica fueron centralmente las clases medias y las elites intelectuales y políticas del liberalismo y la izquierda partidaria. Los acusaban de haberse abandonado a la condena del peronismo sin preocuparse por comprender el sentido que aquel había tenido en la experiencia proletaria (Altamirano, 2001b)

²⁴ Troncoso dedicó un pequeño párrafo a nombrar los aportes al análisis del peronismo de los trabajos de Martínez Estrada, Amadeo, S. Frondizi y Sabato. Pero, a juicio del socialista, la diferencia fundamental con los escritos de *Contorno* era que aquellos habían sido “realizados por gente que conoció otro tiempo político y usó otros instrumentos de cultura, esto quiere decir, que tuvo una experiencia anterior al hecho que analizan y que, por ende, inficiona las conclusiones que saquen, tomando la palabra inficionar no en el sentido de que corrompe sus juicios, sino para señalar que tienen compromisos previos a la cosa juzgada”.

que estaban con el régimen depuesto y los que genéricamente se habían definido como “*la contra*”. Para ellos, afirmaba, que no eran “*ni desplazados, ni resentidos, ni reaccionarios*”, el que los calificaran con aquel común denominador sin distinguir las consideraciones de principios y las posiciones políticas que los separaban de la mayoría de los opositores, había comportado un “*auténtico drama de consciencia*”. Repitiendo argumentaciones a las que ya hemos referido, Troncoso puntualizaba que aquel drama se había expresado en la “*tensión*” de haber presenciado la explotación a que el peronismo había sometido a los trabajadores sabiendo, al tiempo, del abandono y el maltrato previo que aquellos habían sufrido. Algo parecido, subrayaba, les había pasado a los jóvenes de *Contorno*, aun cuando hubiera una diferencia para él primordial: aquellos, hasta entonces, se habían dedicado “*con preferencia al quehacer literario antes que al quehacer político*”.

Como socialista, Troncoso se sabía mencionado e impugnado por las palabras de aquellos. El diseño de su respuesta se articuló entonces en función de tres tipos de apreciaciones: la primera, ya referida, orientada a afirmar la pertenencia a una misma serie generacional y de experiencia respecto del peronismo; la segunda, vinculada a identificar valoraciones compartidas y posiciones dispares con aquel colectivo; la última, dirigida a revalidar un llamado a la acción política que contrapesaba, a su juicio, el “*exceso de intelectualismo*” de los escribas de *Contorno*.

En los comentarios a sus trabajos, Troncoso acordó con todas aquellas afirmaciones que correspondían al “*esto del peronismo, no*” de Rozitchner, Troiani, Viñas, Halperin Donghi, Pandolfi, Masotta y Sebreli. Así lo hizo con las apreciaciones de Rozitchner dirigidas a acusar a la burguesía por haber instituido valores que tuvieron un significado distinto para los trabajadores, a quienes –según su perspectiva– habían dejado en el desamparo económico y cultural; también con sus recriminaciones al peronismo por haber dado a la clase obrera “*espejismos de su propio poder*” al habilitar el desprestigio de los patrones sin por ello reportarles pérdida material alguna. Del escrito de Troiani, por su parte, rescató aquella aserción que reivindicaba la libertad obtenida, no para disfrutarla, sino para desintegrar la masa de mentira que había mistificado a la clase obrera. En cuanto a los dichos de Viñas, sólo recuperó su crítica a los grupos conservadores. El trabajo de Halperin Donghi fue, para Troncoso, el más equilibrado por no despreciar la importancia del antecedente fascista del peronismo, sin por ello circunscribirlo a ese único aspecto. Elogió, por ello, la tesis del historiador sobre la importancia de la concentración campesina en las ciudades para comprender el vínculo de Perón con la masa laboriosa.

Ciertamente, los “*esto del peronismo, sí*” de los jóvenes escritores fueron reprobados. Troncoso refirió a los “*juicios de equilibrio*” de Rozichner, en alusión a su paralela crítica al pasado y al presente argentino, leídos por Troncoso como un reflejo temeroso del autor a ser confundido con los “*burgueses contentos*”. El menosprecio de Rozichner al “*heroísmo individual*” fue también objeto de la crítica de Troncoso, para quién aquel había cumplido un papel preponderante en la lucha contra el régimen. A Sebreli le reprochó el referirse al peronismo en términos de “*revolución*”; también, el desatender las cuestiones de fondo en beneficio de lo anecdótico: sostener, por caso, que se socavaron los cimientos de la vieja Argentina al colocar frente al Jockey Club un maloliente puesto de feria, era para Troncoso un dato menor. Los vientos de la exégesis del socialista también golpearon a Pandolfi. Discrepó con él por atribuirle al 17 de octubre el “*ser algo así como el día en el cual el pueblo francés tomó la bastilla, o como el otro, cuando el pueblo ruso salió a la calle para abatir la autocracia zarista*”. Para Troncoso no hubo aquel día explosión de un anhelo popular largamente sentido; sólo se había cumplido una parte del diseño de un grupo castrense “*audaz*”, ayudado por un grupo de trabajadores, algunos líderes sindicales y con el amparo de las fuerzas policiales. A pesar de que ello, aseguraba el socialista, nada agregaba ni quitaba a lo que el peronismo había significado para un vasto sector del pueblo. Pero, a su entender, sí ayudaba a la clarificación de un “*hecho*” que no se había dado de “*abajo hacia arriba*” sino de “*arriba para abajo*”. También refutó a Pandolfi sus aseveraciones respecto del antiimperialismo, pues consideraba que éste no había sido una *invención* del peronismo, sino que formaba parte de la mejor tradición progresista argentina. Para Troncoso no era cierto tampoco que la oposición al peronismo hubiera tenido como causa fundante las medidas sociales implementadas en beneficio del trabajador. No obstante, decía reconocer que la oposición a Perón, imbuida de las experiencias totalitarias europeas, había menguado el planteamiento de la cuestión social al reducir la clave de la disputa en los solos términos de una lucha contra el fascismo.

Ahora bien, ¿qué palabras les dedicó Troncoso a las lecturas sobre el PS que, con tono de denuncia, ejercitaron los jóvenes intelectuales en las páginas de *Contorno*? Si algún sentido tuviera responder a la literalidad de la pregunta, deberíamos afirmar que pocas. Troncoso recurrió limitadas veces al tono de la querrela para referirse a las opiniones de aquellos a los que entendía como sus congéneres. Innegablemente, nombró aquellos pasajes donde el Socialismo era depositario privilegiado de la condena. A la acusación de Viñas de “*viejas solteronas*” de las izquierdas y de derechista al PS,²⁵

²⁵ Fue I. Viñas que utilizó esta metáfora (Altamirano, 2001b).

Troncoso le respondió sólo reprochándole que debería haberlas acompañado con una crítica similar al “*hermafroditismo político*”, en obvia alusión a un frondizismo en ciernes al que el joven ensayista adscribía. De igual modo, se quejó amargamente de los calificativos “*injuriosos*” que a los Socialistas les dedicó Masotta, a cuyo artículo Troncoso atribuyó un espíritu propio de una posición ilusoria y revolucionarista.²⁶ Por fin, al antagonismo que Pandolfi presentó entre una teoría de la izquierda democrática que sólo entusiasmaba a los sectores cultos de las clases medias y un peronismo que habló el lenguaje del pueblo, Troncoso le replicó tímidamente: “*algo de verdad hay en ello, pero ello no obsta para señalar una circunstancia que también es importante: el peronismo ejercía influencia en los puestos claves del gobierno [...] mientras que la izquierda democrática lo único que podía ofrecer eran buenas intenciones*”

En sus consideraciones finales sobre *Contorno*, Troncoso desplegó lo que, a su juicio, constituía la principal diferencia con sus acusadores, después de recalcar que las discrepancias de los jóvenes de su Partido con los de la generación crítica literaria eran, en la mayor parte de los casos, “*de actitud, de enfoque y de forma, antes que fundamentales*”. Entonces refirió precisamente al signo distintivo de aquellos intelectuales: su autoculpabilidad. En efecto, el socialista dijo encontrar en los escritos de la mayoría de ellos un hálito de desesperanza, de autocrítica “*exagerada*” y hasta de “*sádica autoculpabilidad*” que redundaba en un “*nihilismo inconducente*”. A ello le sumaba su reproche por el tono de los ensayos que, según él, abusaban de “*amaneramiento*”, “*preciosismo literario*” y “*afectada rudeza*”, tan a base de clisés literarios como los usuales entre los conspicuos miembros de la *intelligentzia* que tanto criticaban. Según Troncoso, aquello era el reflejo de un “*vicio intelectualista*” de quienes no sólo gozaban de una gran cultura sino también tenían el deseo de emplear un lenguaje más cercano al habla popular, “*por subconsciente convicción de estar apartándose del pueblo*”.

El presente, aseguraba Troncoso, llamaba a la acción; por ello, todo planteo teórico que la invalidara cuando había “*premura en la calle*”, mostraba “*una falla substancial*”. El socialista los invitaba a modelar la inteligencia y el trabajo docto con el bregar cotidiano por la modificación de las condiciones

²⁶ Troncoso apuntaba: “*Mientras leía el demoledor trabajo de Masotta me acordaba –no se por qué– de esos terribles ‘revolucionarios’ que en su juventud quieren meterle fuego por los cuatro costados a la sociedad en la que viven y que luego, cuando llegan a la vejez, tratan de reemplazar a algún sacristán en la función de apagavelas*”. Como un modo de legitimar sus posiciones, el socialista contestaba con palabras de Rozitchner a las amonestaciones de Masotta respecto de las políticas de atomización sindical de la *Revolución Libertadora*. Ciertamente, no fue ésta la única oportunidad en que echó mano a esa lógica de justificación de sus posiciones. Así, a varias de las afinaciones de Pandolfi, Troncoso le contrapuso los dichos de T. Halperin Donghi; en tanto, apeló nuevamente a Rozitchner para censurar a Sebrelí por su nominación del peronismo en términos de “*revolución*”.

de vida. Así, no sólo se perfeccionarían éstas, sino también se aprendería *“simultáneamente a pensar con mayor certeza”*.

Indudablemente, Troncoso hizo de las diferencias entre un discurso sobre la sociedad pronunciado desde su condición de militante político y aquel otro realizado desde el atrio intelectual, argumentos de autoridad tanto para contrarrestar en parte la acerada reprimenda de los jóvenes ensayistas y legitimar su propia posición –y por ende, la de su agrupación política–, como para instar a aquella generación letrada a acercarse a posiciones en el quehacer político.

En efecto, no fue asignándoles un carácter de adversarios que Troncoso se dirigió a ellos. Pues, si para él había una distancia atribuible a ciertas diferencias de enfoque, de forma y de actitud, aquella también coexistía con una experiencia común y anhelos compartidos.

Ciertamente, para Troncoso el peronismo era la expresión de una crisis sobre la cual la joven generación debía operar. *“Nuestra generación –decía– debe hacer la revolución verdadera que el peronismo sólo hizo en pantomima, pues ninguna otra tiene menos compromisos y mayores exigencias”*; y para eso *“debemos sentirnos y ser una generación en ebullición”* no –como declaraba Masotta– un peso muerto. Concluía: para quienes *“estamos en similares posiciones frente a la organización social actual, debemos permanecer atentos y activos ante dos grandes peligros”*; el primero, vinculado a la *“la posibilidad de que podamos volver a caer en las proposiciones demoliberales que nos llevaron a la crisis de la que tratamos de salir, o de que la actualidad política, sea monopolizada por una ‘mascarada obrero electoralista’”*. El segundo, asociado con aquellas posiciones revolucionaristas que, encerradas en la polémica y la discusión constante, corrían peligro de quedar atrapadas entre una maraña de palabras *“esperando con ello, sin el esfuerzo individual aplicado, que la sociedad se transforme por sí sola o por efectos de la lógica de sus esquematismos”*.

Si la segunda advertencia apuntaba directamente a sus interlocutores, la primera lo hacía más veladamente mediante su referencia al frondizismo. Al mismo tiempo, en su alusión a las *“proposiciones demoliberales”* y en los modos y contenido de su largo escrito dedicado a *Contorno*, pueden leerse los rasgos de un autoenjuiciamiento. En efecto, el que Troncoso no haya sido más específico en sus respuestas a las amonestaciones que concretamente le hicieron los de *Contorno* a su Partido, quizás haya tenido que ver con que algunas de ellas no le resultaron ajenas, como tampoco le deben haber sonado extrañas a muchos de los jóvenes socialistas, incómodos por la política que llevaba adelante su agrupación. Por otra parte, Troncoso sabía que poco podía contestar en nombre de un Partido que los reconocía a medias y mucho los criticaba. Con seguridad, la fracción juvenil partidaria a la que Tron-

coso pertenecía tampoco se creyó del todo hablada por su dirigencia. Probablemente, se sintieran sí hermanados en cierta impresión vergonzante y en las apelaciones al cambio de la joven generación literaria, más allá de sus desacuerdos con aquella. Máxime, cuando en el seno del PS su combate por la autoridad de la enunciación iría adquiriendo cada vez más los rasgos de una crisis identitaria.

IV-

Indudablemente, la culpa no fue patrimonio sólo del segmento revisionista de la izquierda intelectual. En los rasgos de las dispares reflexiones del grueso de los jóvenes socialistas, apuntamos, se dejaron ver los primeros síntomas de una crisis de identidad que no transitaron sin angustia. También ellos habían vivido un *“auténtico drama de consciencia”* que perduraba bajo nuevas modalidades en el enrarecido clima político y social posperonista. Del mismo modo se percibieron muchas veces casi huérfanos al habitar una agrupación política que, salvo excepciones, los contenía a medias.

Marcados por un profundo antiperonismo, en la producción de sus interpretaciones no llegarían tan lejos como el núcleo de los intelectuales críticos. No estaban dispuestos a decir *“esto del peronismo, sí; esto del peronismo, no”* ni a asumir la posibilidad de que existiera *“otro rostro”*²⁷ del peronismo. Pese a ello, comenzaron a su modo a emprender un camino de revisión. Urgidos por participar en el nuevo mapa político-social y ante la evidencia de los hechos –presente en la violencia “libertadora” y en los fracasos por desarticular la tenaz persistencia de la identidad peronista de los trabajadores– se sintieron obligados a precisar sus ideas. Confusa y desordenadamente, las versiones “sociológica” y “sintomática” del peronismo fueron oscureciendo la primacía de la versión “liberal” del fenómeno, al tiempo en que anudaban el referente del anticapitalismo con un antiimperialismo de fuerte contenido antinorteamericano y latinoamericanista. Conjuntamente, comenzaron a nutrir el relato del pasado y las prescripciones del presente, previamente informadas por las nociones de mayo, progreso y democracia, con una narrativa que insertaba al país en una visión dualista de América y con una concepción de la democracia que privilegiaba su dimensión social. De esta manera, aquellos jóvenes iniciarían el borramiento del trazo firme que hasta entonces sujetaba al Socialismo con la tradición liberal-progresista.

Difícil y contradictorio proceso, sus particularidades no fueron ajenas al carácter de militantes políticos de quienes intentaban llevarlo a cabo. En

²⁷ Sábato había escrito un breve ensayo a mediados de 1956 titulado *“El otro rostro del peronismo”*.

efecto, esta fracción juvenil formaba parte de un partido político que, aun cuando minoritario, participaba efectivamente de las luchas por el poder: integraba la Junta Consultiva, tenía representantes ubicados en puestos de gobierno y en los sindicatos intervenidos, a la par que funcionaba bajo la perspectiva de incidir en las alternativas electorales. Precisamente fue el carácter de soporte material y simbólico de la *Revolución Libertadora* que detentó el PS durante aquellos tiempos, lo que reafirmó la voluntad juvenil de operar un viraje en sus contenidos ideológicos y en sus posicionamientos políticos. Por ello, a la vez que fue poblando el universo del ideario socialista de nuevas significaciones, encontró en la manifestación de su oposición política a varias de las medidas del gobierno aramburista un momentáneo punto de sutura para su crisis identitaria. El centro de su enjuiciamiento giró primero en torno al tratamiento de la cuestión obrera. En un principio habían adscrito a la hipótesis de que la mayoría de las huelgas y actos de sabotaje eran producto del accionar de activistas peronistas, comunistas y aliancistas en el mundo gremial.²⁸ Pasados unos meses de la *Revolución Libertadora*, y sin abandonar en todo aquella posición, denunciarían reiteradamente una infiltración de “los sectores más reaccionarios del país” y una política de “desquite patronal” que a semejanza de los métodos peronistas –afirmaban– tenía múltiples aristas: despidos en masa, cesantías de delegados, malas condiciones de trabajo, bajos salarios, persecución y encarcelamiento de trabajadores.²⁹

También su crítica se orientó a la política económica de corte liberal impulsada por el gobierno provisional. Reclamaron, entonces, la intervención del Estado en las relaciones capital/trabajo, como medio fundamental para evitar la explotación de la clase asalariada. El abandono de todos los resortes del control económico bajo el supuesto de que el peronismo había falseado los organismos del Estado, era leído por aquellos jóvenes como un indicio del acercamiento del gobierno hacia los sectores patronales.³⁰

²⁸ Véase, por ejemplo, “Sabotaje no”, (FS, 1ra quincena marzo, 1956).

²⁹ Véase, por ejemplo, “¿La huelga es un delito?” (FS, 27/3/1956). Ciertamente es que estas declaraciones se hacían generalmente referidas a huelgas producidas por gremios tradicionalmente no peronizados. Por otra parte, sus amonestaciones no dejaron de advertir que dicha política represiva favorecía el accionar y la infiltración de los grupos calificados como “antidemocráticos” y fomentaba el escepticismo respecto de una *Revolución Libertadora* que aun debía concluir con el proceso de normalización institucional. Por último, cabe considerar que sus críticas a la política gremial del gobierno fueron también el emergente de la lucha que los “gremialistas democráticos” –entre los que se encontraban no pocos socialistas– mantuvieron con los interventores militares por el control de los sindicatos.

³⁰ A través de las páginas de FS sostenían: “El liberalismo económico es la doctrina que ha escudado siempre a los sectores interesados en impedir el avance de la legislación social...” (FS, 10/4/1956)

La política educativa fue el tercero de sus objetivos. Aun cuando en este punto el conflicto con la *Revolución Libertadora* se dio más tempranamente e incluyó a todo el arco Socialista, en los jóvenes se dio con mayor virulencia. Ciertamente, para una generación socializada en el reformismo y que había vivido –en su gran mayoría– la experiencia peronista de violación sistemática del principio de autonomía, el decreto de normalización universitaria propuesto por el ministro Dell Oro Maini habilitando que las universidades privadas otorgaran títulos, era una provocación a su defensa de una universidad autónoma, laica, y de gobierno tripartito (Torti. M. C., Blanco C., 2004)

Ciertamente, estas críticas señaladas no resolverían su “*drama*”. Navegando entre dos aguas, la asunción de sus opciones no dejó de estar marcada por el miedo a la vuelta del peronismo –que en no pocas ocasiones llevó a los jóvenes a reafirmar su *apoyo crítico* al gobierno de facto– y por la perspectiva de reposicionar política e ideológicamente a su agrupación para ganar a la clase trabajadora.

Más allá de ello, importa destacar que sus reformulaciones tuvieron variadas implicancias. La primera y más inmediata, las agrias discusiones internas a las que le siguió la división partidaria poco tiempo después. En efecto, en 1958 el sector ghioldista constituyó el Partido Socialista Democrático, mientras que el grueso de los jóvenes, acompañado por un heterogéneo grupo de militantes mayores, se nucleará en el Partido Socialista Argentino.

La segunda, más perdurable, el inicio de un complejo proceso de fragmentación y mutación del discurso político e ideológico de fracciones de las fuerzas socialistas que se constituirían a partir de principios de los años sesenta en algunos de los tantos laboratorios de radicalización del discurso de las ideas de izquierda y oficiarían también de puente con el subcontinente de grupos, partidos y agrupaciones político-militares que en su proceso de radicalización comenzarían a cuestionar las formas habituales de hacer política y a ver en la violencia un nuevo modo de expresión de la misma. Ciertamente, las condiciones para que aquello ocurriera no estuvieron dadas de antemano. Una serie compleja de transformaciones sociales, políticas y económicas posteriores, incluso fuera del alcance nacional y en nada pre-determinadas, tendrían que ocurrir para que la posibilidad señalada pudiera convertirse en un “dato” de la historia.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos (2001a), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas.
- (2001b): “¿Qué hacer con las masas?” en Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia.
- (2001c), *Bajo el signo de las masas*, Buenos Aires, Ariel Historia.
- (1998): *Arturo Frondizi o el hombre de ideas como político*, Buenos Aires, FCE.
- Ansart, Pierre (1983), *Ideología, conflictos y poder*, México, La Red de Jonás.
- Blanco, Cecilia (2004), “La erosión de la unidad partidaria en el Socialismo Argentino: 1955-1958” en Herrera Carlos, Camarero Hernán (comp.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp.367-391.
- Bourdieu, Pierre (1985): *¿Qué significa hablar?*, Madrid, Akal.
- (2000): *Cuestiones de sociología*, Madrid, Istmo.
- Eagleton, Terry (1997), *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós.
- Ghioldi, Américo (1950), *Los trabajadores, el Señor Perón y el Partido Socialista. ¿Perón es progresista o retrógrado?*, Buenos Aires, Ed. La Vanguardia.
- Gonzalez, Julio V. (1950), *La oportunidad del Partido Socialista. Reflexiones sobre su acción futura*, Buenos Aires., Ed. La Vanguardia.
- Herrera, Carlos M (2004), “El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate Gonzalez-Ghioldi”, *Taller*, Buenos Aires, Vol. 7, N° 21.
- Neigburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.
- Portantiero, J. Carlos (1999), *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina Moderna*, Buenos Aires., Fondo de Cultura Económica.
- Romero, José Luis (1980), “Indicaciones sobre la situación de las masas en Argentina. 1951” en *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Terán Oscar (1991), *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur.
- Tortti, M. Cristina, Blanco Cecilia (2004), *Los socialistas en el movimiento universitario tras la caída del peronismo*, mimeo.